



Pormenor de la Crónica

Para el día de mañana, cuando la perspectiva de los hombres pueda abarcar el ámbito inmenso de nuestro día de hoy, escribo el pormenor de la guerra, briznas heroicas del poema nuevo como chispas de luz que saltan fuera del Tiempo y de la Historia. Son trozos de metralla que recojo por caminos y ciudades; las pequeñas porciones de la guerra que los cronistas dejan a este lado del tiempo, como desperdiciadas. Esta es la miniatura, que apenas si se puede contar, porque toda ella es sentimiento. En cada pormenor—y así es su gloria—hay un verso posible.

COLEGIALAS EN DOMINGO DE GUERRA

En las afueras del pueblo han instalado la batería. Hay un bello pinar y una fuente. Y es domingo en la tarde. Las monjas del Colegio de San José sacan a pasear las niñas, a gastarse en el aire libre las tres horas de la recreación. Y como el lado del río es insano, toman camino del pinar, que es gloria ver cómo le halaga junio.

Yo las veo pasar junto a la batería. Las niñas, paliditas de Dios, van y vienen por la pradera con sus medias de lana y sus vestidos largos de lienzo gris, mientras las madres «de su guarda» se quedan en tertulia sin «mundo», más cerca del pinar. Unos soldados, que van llenos de campo por dentro, limpian los cañones, cantándole a la vida; y hay un cielo lejano.

Cuando se abren las cinco de la tarde, las monjas llaman a formar con suaves palmadas y jaculatorias: *Benedicamos Dómino*. Y las niñas, encendidas de sol, les acuden corriendo: *Deo gratias*. La más osada, que se riza a escondidas el pelo, le dice a Madre San Joaquín:

—Son del siete y medio, Madre, como los que pasaron por la plaza el viernes.

—¡Jesús, Jesús, y qué cosas saben ahora las niñas! Y la Madre Nieves, recadera de santos y enlace virginal con el mundo, dice:

—¿No recuerda la Madre San Joaquín aquella bomba que cayó en el patio, junto al palomar? Pues era del siete y medio; pero gracias a Dios no llevaba espoleta.

De dos en dos, formadas para la lucha enorme con el demonio, van las huérfanas, desandando su recreación, cada vez más lejos de la batería del pinar.

EL SOLDADO NOVICIO

Es soldado de infantería en un cuartel de Burgos y es novicio de monje—en un monasterio de Beneditinos.

Estaba en retiradas teologías aprendiendo el cielo, cuando una tarde, el hermano guardián, que va y viene al mundo, trajo a la paz de Dios noticia de la guerra.

—Dice don Julián, el médico, que han llamado a la quinta del treinta y siete.

Dos novicios quedáronse prendidos en la redada militar; pero el uno es miope y no sale del alma,

mientras el otro es sano como un requeté y le vale a la guerra. Así es. El Padre Abad le ha bendecido: «Sé siervo de la Patria, hijo mío, sin dejar de ser siervo de Dios, más con su ayuda.» Y se fué al mundo, a pelear.

Es sábado en la tarde y vemos juntos en el coche de los viajeros, que rezuma sol.

—¿Vas a tu pueblo con permiso?

—Voy a Silos, a pasar todo el día de mañana.

—También yo voy allá. Hay que apurar la paz que nos queda.

Le huelga el uniforme ancho y tieso, con los lequis plisados para coger su talla.

—¿Cómo lo pasas en el cuartel?

—Bien me va. De aquí a poco nos llevarán al frente. Pasan fatiga los que no están hechos, pero todo es hacerse.

—¿Eres labrador?

—No, señor; soy monje; lo seré si Dios me vale. Monje de San Benito.

Cuando llegamos al convento se nos hace un revuelo místico en torno. El hermano portero ha dicho: «¡Mira, Tomás; y qué bien que le prueban los trabajos de guerra...!» Todos los novicios que andaban sueltos por la recreación, vienen corriendo al claustro y le miran estar con festejo; los oblatos se asoman por la ventana alta de la portería con los ojos abiertos, abiertos... Todo es en torno suyo y él no sabe qué hacer de su sonrisa. En esta limpia paz del claustro huele a naturaleza disipada su sudor cuartelero, su ropa, su macuto. Un novicio le señala el tabalí:

—Y eso, ¿para qué sirve?

—Para el machete—dice él—. Y esto es la cartuchera.

Apresurado por el rumor que se alza, llega el Padre hospederero.

—Vamos, vamos; cada cual a lo suyo. Dejadle estar. Y tú, soldado, sube a besar la mano de nuestro Padre. ¿Has entrado a la capilla, a dar gracias? ¡Qué disipados os hace el mundo...! Arriba, en tu celda, tienes el hábito, como tú le dejaste.

Pasó el domingo en su paz. Yo le vi bajar a completas en la fila de sus compañeros; le vi en la huerta y en el refectorio. Un día entero tuvo para sí, y vino al monasterio a gastarse la libertad entre los suyos. Se incorporó a su vida, rezó sus horas. ¡Con qué fruición se llevó el tiempo aquel día!

Cuando a la mañana siguiente nos volvimos, juntos de nuevo, a la ciudad en el primer coche que pasa por Castilla, abriéndole a los campos el alba, yo no sabía qué decir. Poco a poco, camino adelante, con la lenta armonía de la luz que se abre, se fué también abriendo su silencio. Me dijo:

—El pobre hermano Luis ha vuelto a recaer. Estaba ya tan fuerte, y ahora...

Unos arrieros suben en Covarrubias hablando de las mulas y los trigos. Las cigarras apuran los nogales. En la plaza de Santibáñez hay un soldado herido, llenándose los ojos de sol. Es la guerra que aún vive.

Laus Deo.

ROGATIVA DEL VIENTO POR EL CAMPANERONERO DE TORO

Al campanero de Toro se lo han llevado a la guerra. Es mozo, y hoy la mocedad está de fuego. En ciudades y aldeas, por granjas y cortijos, quedan, como silencios vigorosos, unas ausencias hondas. A veces sólo una casa o una huerta lo sabe; a veces participa toda una vecindad; otras, aún, trasciende a todo un pueblo. Así en Toro. Al campanero de Toro se lo han llevado a la guerra, y todo el pueblo lo ha sabido, porque las campanas tienen desde ayer una voz diferente. Diríase que están emocionadas también ellas. Aquel donaire con que se abalanzaban unas tras otras, corriendo al campo los maitines; aquella voz de víspers al paso de los ángeles; aquel picotear al aire de la campana «chica» por entre el diálogo agosto de la «Nona» y la «Agueda», ya no va con el cielo de Toro, la ciudad lampadario de Castilla.

Doña Consuelo se ha quedado dormida hasta las siete y cuarto por no heber oído el toque, aquel toque de siempre, que conocían ya todos sus sueños. ¡Qué revuelo de velos retardados! La Junta de Damas ha ido a hablar con el señor deán y la señora de don Rafael, coronel retirado que aún conserva el bigote de sus fuertes oficios, ha prometido gestionar de su esposo que traiga de asistente al campanero. El cielo está desconocido. ¡Qué revuelo, Señor, en la piedad de Toro porque la guerra se llevó al campanero!

M. A.